



Restos de un antiguo colmenar en La Tacona.

más próximo, como madera de roble y rebollo, *céspedes* de camperas cercanas y ramaje que a modo de barrotillo cierra el tejado para colocar encima la teja.

Interior: una pequeña puerta da acceso a un estrecho pasillo por el que se accede a la parte posterior de los hornillos. Desde dicho pasillo se introducen las *ensambres* en cada hornillo, se extraen los panales en la época de recolección y se aporta la alimentación a las abejas en caso necesario.

Fachada principal: los hornillos se colocan en la fachada principal –orientada al sur o suroeste– tomados con barro y tapando cada ranura para evitar la entrada de depredadores en el interior del colmenar. Los hornillos más antiguos y tradicionales consistían en troncos de gruesos árboles vaciados en su interior a los que una vez colocados se les añadían sendas tapas en sus extremos.

Este tipo de construcción requiere un mantenimiento constante mediante trullados y retejos, así como la revisión del sellado de los hornillos. Su débil estructura, formada por materiales de baja calidad, provocó que su desaparición fuera más rápida que en el caso de los corrales.

El proceso de la explotación apícola

En el pasado reciente y en el más lejano la miel y la cera eran considerados productos de gran valor. La miel como alimento complementario e incluso *cuasi medicinal*, y la cera como materia prima esencial para la única iluminación nocturna y de uso cotidiano en ritos religiosos. A mediados del siglo XVIII –en 1751– los precios de estos artículos eran los siguientes: un azumbre de miel (2 litros) costaba tres reales y una libra de cera (algo menos de medio kilo) ocho reales. En la misma época, una fanega de centeno (unos 42 kilos) alcanzaba los 10 reales. En el año citado se explotaban en la localidad en torno a 105 colmenas.

La recogida de *ensambres* (enjambres) se hacía con un pequeño escriño, procurando que en su interior hubiera sombra, lo que favorecía el trasvase. El escriño era vaciado después dentro del hornillo y éste se sellaba cuidadosamente con barro. En algunas ocasiones se rociaba el hornillo con aguamiel para asegurar el enjambrado de las abejas. Apenas se realizaba ningún cuidado hasta la recolección de la miel. Si acaso, muy de vez en cuando un aporte de alimentación durante el invierno.

La extracción de la miel se lleva a cabo una vez al año. Tras destapar los hornillos se procede al ahumado con el uso del humero, una especie de puchero preparado para expulsar humo por uno de sus extremos, lo que ahuyenta a las abejas. A continuación, se extraen los panales del interior, dejando aproximadamente un tercio como alimento de la colmena para el invierno. La cantidad de panales fabricados dependía de si el año había sido bueno o malo, en función de la climatología, las enfermedades, los depredadores, la abundancia o escasez de flor... Una herramienta específica a modo de espátula servía para despegar los panales de las paredes de los hornillos.



Capillo de lino para extracción de la miel, y máscara protectora para el manejo de colmenas. Útiles de los años 40.

Una vez en el domicilio, los panales se vertían en una caldera de cobre y se batían con las manos, momento en el que solía añadirse una pequeña cantidad de agua caliente para acelerar esta labor. El resultado era una masa de color blanquecino que era vertida en un capillo de lino colgado que servía como filtro. Entre dos personas y de forma manual se apretaba con fuerza el capillo, para que la miel cayera en un recipiente y la cera se depositara en la parte inferior. Esta cera recibía el nombre de *cerudo*.

La miel extraída se almacenaba en un *tinaco* de madera, a modo de una carral de vino, pero de tamaño mucho más reducido. “*De un tinaco podría salirse la miel por donde no se sale el agua*”, aseguraba un dicho muy conocido en la época.

La mayor parte de la miel era consumida en los hogares: en el pan, para *echar las 10* con cebolla, con vino en la cura de catarros o en las curas de pequeñas heridas. La miel sobrante se vendía al peso. En cuanto a la producción, en un año benigno llegaba a extraerse hasta medio cántaro por

colmena, en torno a 8 litros o 10 kilos. La calidad del producto era la más alta y natural posible.

El aguamiel, el líquido resultante de hervir la cera, se utilizaba para alimentar las colmenas en la *invernía* o bien para hacer los típicos roscos de aguamiel.

En cuanto a la cera, se hervía el *cerudo* resultante de colar la miel con el capillo y se fabricaban bolas que servían para hacer las velas. La mayor parte de la cera se vendía a fabricantes de velas, aunque algunas se elaboraban en las casas. Según

LOCALIZACIÓN DE ALGUNOS COLMENARES (1930-1980)

COLMENAR	PROPIETARIO	UBICACIÓN	Nº
Colmenar de las Ánimas	Cofradía de las Ánimas	Valdecastro (boca del valle)	1
Valdecastro (1)	Orencio Novoa	Valdecastro (boca del valle)	2
Valdecastro (2)	Tío Pascual	Valdecastro (boca del valle)	3
Valles de Cabo	Tío Fidel	Valle del Medio (rayando con Pino del Río)	4
Valdeconejos	Leandro Santos	Valdeconejos (hacia el límite con Villosilla de la Vega)	5
Cuesta Pindia (1)	Tío Dimas	Falda de Cuesta Pindia	6
Cuesta Pindia (2)	Agustín Maldonado	Alto de Cuesta Pindia	7
Valleja El Medio	Virginio Andrés	Junto a la Cañada Real	8
Valleja Larga (1)	Primitivo Medina	Zona del Majadico	9
Valleja Larga (2)	Filiberto Martín	Zona del Majadico	19
Hornico	Maximiniana Ramos	Prolongación al norte del valle de Valdelar	11
Valleja Traidora	Lázaro Puebla	De Valleja Larga hacia La Tacona	12
Valle de La Tacona (1)	Orencio Novoa	Valle de La Tacona (hacia linde con Renedo Valderaduey)	13
Valle de La Tacona (2)	Eustaquio Santos	Ídem	14
Valle de La Tacona (3)	Juan Novoa	Ídem	15
Valle de La Tacona (4)	María Ibáñez	Valleja del Modorro	16
Valle de La Tacona (5)	Indalecio Grande	Ídem	17
Valle de La Tacona (6)	Ruperta Ruiz	Ídem	18
Valleja Los Frailes	Anastasio Grande	----	19
La Cerra	Balbino García	De Mojarrabos hacia el noroeste (cerca de la linde con Pino del Río)	20
Tierra Lutero	Fidel Miguel (padre de Sima)	Tierra Lutero	21
Dinduvilla	Mauricio Montes	Dinduvilla, al sur, hacia Villosilla	22
Las Camuñas	Tomás Tarilonte	Junto a huerta con frutales	23
Los Molederos	Asterio Novoa	Junto al río de la Calzada	24
Los Arenales	Justiniano Santos	Pago de Los Arenales	25
Las Rozas	Ricardo Santos	Pago de Las Rozas	26
Molederos	Conrado Medina	Al sur del actual frontón	27
Molederos	Diego Miguel	Zona del cercao del tío Pelayo	28
Zalce Rivero	Paciano González	Zona alta del Zalce Rivero	29



Vista aérea de los Corrales de Arriba (1955).

las necesidades tenían grosores distintos, colocando en el centro un hilo de cáñamo que servía de mecha. Las más gruesas se destinaban para los *hacheros* de la iglesia.

CORRALES Y APRISCOS

“La joya etnográfica constructiva de la comarca”

Notas sobre la construcción de corrales en lugares solariegos de Villa y Tierra

Tradicionalmente, los vecinos solariegos podían hacer en los montes, sin limitación, corrales y abrigos para dormir y amajadar el ganado; cosa que nunca se permitió a los de los lugares próximos, llamados encomendados, que sólo podían aprovechar los pastos de sol a sol. Sin embargo, en los siglos XVIII y XIX fue necesaria la autorización de la Junta de Villa y Tierra. El Reglamento de la Comunidad de 9 de abril de 1855 atribuía a la Junta de Vigilancia competencia para la *“concesión de terrenos para corrales de ganado y no más”*. Las licencias continuaron siendo

abundantes hasta 1875. Para conceder el derecho a edificar un corral o aprisco, la Junta era informada por una comisión de su utilidad y de los perjuicios que pudiera originar al disfrute común de los terrenos. Además, se exigía el pago previo de un canon, que durante el siglo XIX era de 60 reales.⁽¹⁾

Los corrales de ganado, generalmente para ovejas, son unos recintos cerrados contruidos para albergar animales domésticos (ovino, vacuno o caprino) y uno de los máximos exponentes del patrimonio etnográfico y cultural del mundo rural del noroeste de la provincia de Palencia. Casi cada familia disponía de un corral para su cabaña ganadera, que era heredada de padres a hijos desde tiempos ancestrales.

Por lo general, los corrales se componían de uno o varios portales –según el número de cabezas– y de un patio central, rodeado todo el conjunto por tapias para proteger al ganado de las

(1) Caballero González, José María: Saldaña, la villa y tierra solariega. Saldaña, 2010.

inclemencias meteorológicas y de depredadores, sobre todo del temido lobo. Disponían de uno o varios accesos y algunos incluían un refugio para el pastor. Eran edificadas con materiales típicos del entorno, como adobe y tapial, con un cimientado de cantos rodados que daba paso a la construcción de las tapias rematadas con céspedes y con tejados de teja árabe en el caso de los portales. Todo el conjunto era además capeado con un tipo de cemento fino realizado con barro, la trulla. Teniendo en cuenta el desgaste de los materiales citados por la crudeza climática, era preciso su continuo mantenimiento.

Las agrupaciones de corrales, en ocasiones, llegaban a formar casi un entramado semiurbano y centros de alta actividad humana en épocas muy concretas del año, en los momentos del esquila, las parideras, la saca del estiércol... El estiércol retirado de los corrales servía para fertilizar las tierras. Todos tenían un nombre propio en función de su propietario, su ubicación, etc. Durante siglos, estos establos fueron casi un lugar sagrado, porque de ellos dependía la supervivencia de la mayoría de las familias del pueblo. Son construcciones que provienen de siglos atrás, en los que la vida cotidiana de los núcleos rurales no sufría

*Corral superviviente en Corrales de Arriba (2020),
perteneciente a la familia de Restituto Santos.*





Antonino Gómez y Rosita Gómez cargando hierba en los años setenta. Abajo, en los praos, Demetrio, Macu, Mar, Santi y Evencio. Año 1975.

La Hoz, fabricadas en el País Vasco. Las primeras las tuvieron Antolín Novoa y Quintiliano Villalba.

La recogida: una vez seca la hierba, se procedía al arrastrado de una o dos andadas del perímetro del *prao*. Con horca de hierro, de mango

corto al principio y largo al final, se iba cargando al carro con armadura. En el carro había otra persona, casi siempre una mujer, que iba colocando la hierba de forma ordenada hasta superar un trozo la altura de los picos. Mientras, varias personas



con rastro de madera se afanaban en arrastrar de forma coordinada la hierba del prado hacia adelante, para que el cargador tuviera siempre donde cargar su horca. Finalmente, se ataba la carga con sogas y se peinaba todo el exterior del carro, para evitar pérdidas en el camino hasta el pajar.

Colocado el carro lo más pegado posible al bocarón, de lateral o *a tisas* (hacia atrás), se descargaba a horcadas. En el interior del pajar varias personas recibían la mercancía y la iban apilando, de atrás hacia adelante. La hierba se calcaba y se atacaba para que cupiese la mayor cantidad posible, hasta la misma cubierta del edificio. Tanto se atacaban los pajares que a la hora de extraerlo para alimentar a los animales era preciso el uso de *mesadores*, ganchos manuales de madera utilizados a modo de grandes anzuelos.

La descarga de los carros se hacía muy larga, sobre todo para los que estaban dentro del pajar. *“¿Cuánto queda?, ¿ya se acaba?”*. A lo que el descargador contestaba dando ánimos con frases como *“Ya se ven los picos”* o *“Sólo al arca del carro”*. Meter tres carros en una sola jornada ya suponía muy buena labor. Aproximadamente podía obtenerse un carro de hierba por cada cuarto de terreno de *prao*.

Existían algunos prados cuya hierba, que recibía el nombre de heno, era propicia para fabricar escobas para el hogar. Se segaba con esmero y en verde se ponía a secar en lugares sombríos.

Durante estos días se limpiaban y desbrozaban las fuentes de la vega, ya que servían de auténticos aliviaderos y lugares para el frescor que mitigaban los efectos del intenso esfuerzo físico y el sofocante calor. Además de beber directamente a morro, muchas personas utilizaban una técnica más complicada y que requería cierta destreza y coordinación motora: bebían lanzando de forma repetitiva y hacia arriba pequeñas cantidades de agua que la boca capturaba en el aire.

Mención especial merecen las armaduras del carro, utilizadas tanto para la hierba como para el acarreo de la mies para la trilla. Estas armaduras se fabricaban generalmente en las casas, con madera de roble y rebollo. Los nombres de las piezas que las componían eran picos, *revillos*, rabera, latillas y cabezalejos.

Una última curiosidad sobre la época de la yerba. En los *cercaos* de Las Rozas existían unos reptiles llamados resbalones, pequeñas culebras a las que se tenía un temor que rayaba la fobia, debido a la creencia de que el solo contacto con este bicho podía ser mortal. De ahí surgió la frase *“para la culebra hay medicina, para el resbalón la pala y el azadón”*. En ninguna otra zona del pueblo existieron, incluso es desconocida su presencia en localidades próximas como Celadilla, Pino o Villosilla. En realidad, se trata de una especie de lagarto ápodico –sin patas– que es totalmente inofensivo para las personas y se alimenta de babosas, limacos y orugas; es sedentario, vive siempre en los mismos lugares, en zonas de pastos verdes muy húmedos, y busca las penumbras y zonas poco soleadas.

La cosecha del cereal

“Hacer el verano”

En torno a la siega y la trilla fue creada la siguiente canción:

*La cosecha se presenta muy abundante
y los dueños satisfechos estarán.
Solo sienten que para recolectarla
las pesetas que se tienen que gastar.*

*Y es debido a que el obrero ha despertado,
y pretende como es lógico y legal,
que le paguen su trabajo como es justo
y no abusen los que tienen capital.*



Julio Ríos en la siega del cereal a finales de los cincuenta.

*Obrero obrero, patrón patrón,
hay que llegarse a la razón.
Y si no se hace lo que es legal,
menudo cisco se puede armar.*

*Los muy ricos con mucha guasa decían:
pues este año tendremos que ir a segar;
y un obrero que escuchaba les contesta:
ojalá esto fuera una realidad.*

*Pero ocurrirá lo mismo que hasta ahora
que a los pobres nos tocará trabajar,
y los ricos a costa de nuestro sudor,
muy tranquilos se irán a veranear.*

*Obrero, obrero, ya llegó el día,
que nos respete la burguesía;
Y que comprendan que nada son
sin el honrado trabajador.*

La siega del cereal: la siega del centeno comenzaba en torno a la festividad del Carmen (16 julio) y solía prolongarse una semana, dependiendo de la superficie sembrada. Era una labor que generalmente no requería de agosteros, ya que la efectuaba la mano de obra de cada casa. Durante varios años convivieron dos métodos de siega, hasta que el uso del dalle se impuso definitivamente.

Uno era el de hoz o segadera: la altura de siega era elevada y la mies se hacía gavillas almacenadas en morenas circulares de grandes dimensiones. Con este método un segador precisaba de una larga jornada para completar la siega de un cuarto de tierra.

El otro era el del dalle: el mismo que se utilizaba para la hierba, equipado con careador, un palo en forma semicircular colocado en el mango desde el pie del dalle hasta un tercio de este. Así

se lograba dejar colocada y alineada la mies de cada cortada, lista para recogerla en *brazas* que formarían las morenas. Un buen segador de dalle lograba segar en torno a dos fanegas (media carga) en una jornada. Quintiliano Villalba fue tal vez el mejor segador que hubo en Acera; se comenta que en alguna ocasión llegó a segar seis cuartos de tierra en una sola jornada (7.500 metros cuadrados, casi la extensión de un campo de fútbol). El sonido grave y rítmico de los dalles al cortar las duras cañas del centeno ambientaban la jornada y era solamente interrumpido por el repiqueo metálico en los momentos de afilado.

Hacer morenas exigía cierta técnica y práctica, ya que las gavillas o *brazas* debían colocarse de tal

forma que los culos fuesen siempre hacia afuera y las espigas confluyesen hacia el centro, protegidas de posibles inclemencias como la lluvia o el granizo.

Las tierras segadas a dalle necesitaban ser arrastradas en su totalidad para recoger cañas y espigas no atropadas en el momento de hacer *brazas* y *amorenar*. Una tarea que realizaban los más jóvenes, sobre todo niñas y mozas. Además, las “*arrastraduras*” se depositaban justo sobre la parte de las espigas lo que aumentaba su protección.

Para comer no se bajaba al pueblo. Las diferentes comidas: *las diez*, la comida principal y *las cinco* se transportaban en burros alforjados, por lo que el trasiego de ir y venir por los caminos de las tierras del alto era constante.

*Eutiquio García segando centeno
en Las Rígueras.*



Cofradía de San Roque: sus libros de cuentas confirman que en 1664 ya existía esta cofradía en Acera, y que su actividad fue importante.

Cofradía de la Vera Cruz: esta organización estaba bien asentada en el pueblo a mediados del siglo XVIII (1741).

Cofradía de las Ánimas: libros de cuentas, cargas espirituales y apeos demuestran que existió al menos desde 1754. Fue una cofradía muy activa durante el siglo XX, hasta comienzos de los años setenta, cuando prácticamente se liquidaron sus bienes.

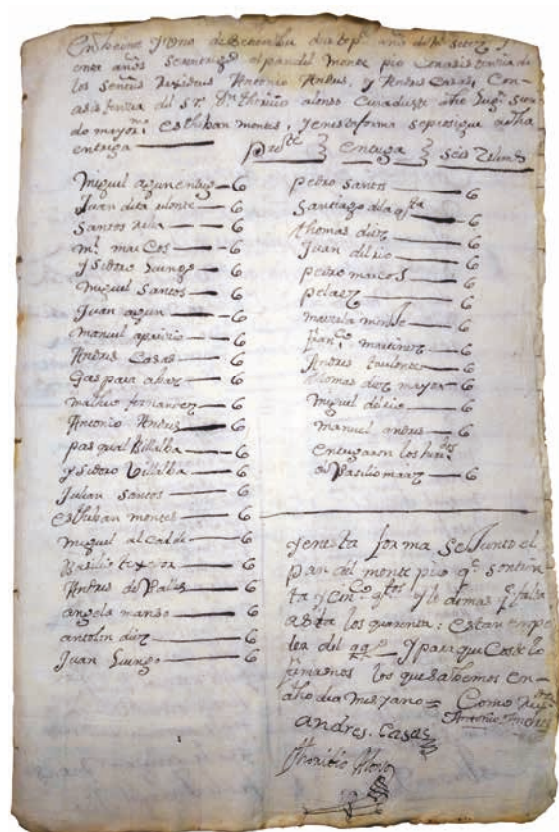
Los Doce de Arriba: una especie de asociación religiosa y espiritual de diversos pueblos organizada como cofradía al menos desde 1615. Se supone que incluía a doce localidades al norte de Saldaña, como indica su nombre. Según sus libros de apeos, algunas de estas localidades fueron Azera, Vellosilla, Zeladilla, Poza, Pino, Fresno, Villalba, Villafuel y otras cuatro más. Cabe suponer que entre las restantes podrían estar las que formaban parte de la *cuadrilla dos o norte* de la Comunidad de Villa y Tierra, es decir, Villalafuente, Valcabadillo y Villorquite.

De esta agrupación se conserva de forma manuscrita la "*Regla de 1619 que se implantó en la entidad para garantizar la limpieza de sangre de sus hermanos*". Los estatutos de limpieza de sangre tenían como fin acreditar la condición de cristiano viejo, es decir, la ausencia de antepasados no cristianos –judíos o musulmanes–. La limpieza de sangre era una cuestión de honor y honra familiar. Implicaba a todos los conversos y a sus descendientes, siendo más una cuestión social que legal. Suponía, por tanto, una distinción social entre unos y otros.

Fundaciones: el Monte Pío

Ya a comienzos del siglo XVIII funcionaba en el pueblo la figura del Monte Pío. Era una entidad civil y religiosa al tiempo, pues estaba auspiciada

por los regidores de la localidad, por un mayordomo y por el cura párroco, que daba fe de las aportaciones y reparticiones que se realizaban desde esta fundación. Las aportaciones de los labradores del pueblo se realizaban en especie, en grano, generalmente a razón de seis celemines por campesino y año. Resulta curioso comprobar que muchas de las aportaciones eran fiadas de unos vecinos a otros, con la expresión "*Fiole don...*" o "*Fiole su padre...*". Estas reparticiones recibían también el nombre de *reparto del pan*. Existió por lo tanto un lugar físico en el que se depositaban estos granos, lo que se conocía como pósito pío, aunque se



Acta de entrega del pan para el Monte Pío del año 1770.



Virgen de Fátima con los mozos Justino Ramos, Teodoro Montalvo, Juan Novoa, Mario Santos, Ramiro Montes, Isaías Novoa, Urbano Miguel, Anirino Novoa, Francisco Novoa, Evelio Gómez, Abando Santos, Paciano González, Tanis Villalba, Darío Santos, Eduardo Sastre, Alfredo Tarilonte y Félix Montes, a mediados de los años cincuenta.

En la parte superior del pendón solía colocarse algún tipo de vegetal identificativo; para su inclusión y aceptación en los actos religiosos cristianos se sustituye por una cruz.

LOS TOQUES DE CAMPANA

Los sonidos de las campanas han marcado a la sociedad rural, regulando la actividad cotidiana y acompañando a una comunidad que vivía al compás de los golpes de campana. Aunque no lo parezca, las campanas no sólo llaman a los servicios de las iglesias. Antiguamente, cuando no existían relojes ni teléfonos móviles, los toques de las campa-

nas determinaban el ritmo de las jornadas, es decir, el día se seguía al son de las campanadas. Unas marcaban las horas, otras enviaban avisos y otras anunciaban momentos de oración o recogimiento.

Las campanas comunican, más allá de la creencia actual de que son objetos que simplemente convocan a misas y actos religiosos. Hemos de tratarlas como un medio de comunicación y como un elemento comunitario, es decir, un instrumento musical que con sus toques expresa sentimientos y emociones colectivos. La cantidad de mensajes que pueden ofrecer es innumerable. Incluso su silencio adquiere un profundo significado, tal es el caso de la Semana Santa. Podemos ir desde



Iglesia parroquial y cementerio. El sonido de la campana tan cercano durante los funerales resultaba realmente sobrecogedor y único.



Arriba, campana de abajo y campana de arriba. La pequeña y la grande. A la derecha, campana grande conocida como la de arriba.



un toque de difunto o de fiesta mayor, hasta toques de dolores o de protección contra tormentas. Veamos los toques que se realizaban en Acera de la Vega entre los años veinte y los años ochenta. Unos toques que sin duda provenían de décadas e incluso de siglos atrás. Alguno aún se conserva, como la llamada a actos religiosos o el toque de difuntos. Son dos las campanas existentes: la de arriba y la de abajo; o la grande y la pequeña.

Toque del alba: al amanecer. Repicado lento y a ritmo constante de ambas campanas de forma alterna.

Toques de misa, rosario y calvario: avisan del acercamiento de la hora de los actos religiosos, tocando la una, las dos y las tres. En fiestas más señaladas en el toque de misa se realiza repicado y volteo.

Toque a posa (toque de difuntos): anuncia la muerte de alguna persona de la localidad. También se toca en novenarios y el día de los finados. Se realiza alternando las dos campanas, se inicia a ritmo lento –unos cinco segundos entre toque y

toque– y el ritmo crece lentamente hasta finalizar en un repique rápido y acompasado.

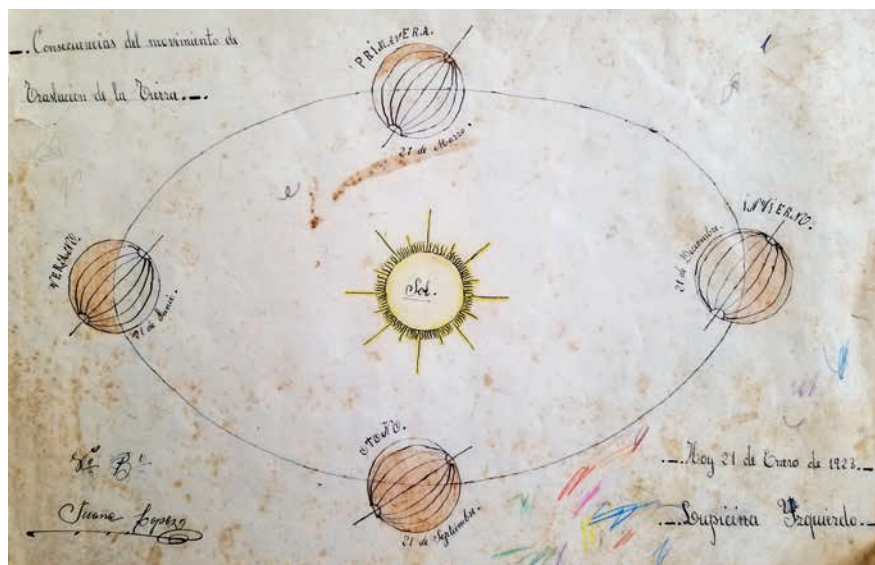
Toque a gloria: anunciaba el fallecimiento de algún niño. Añadía un repique especial que lo diferenciaba del toque a posa. Era un toque complicado y una muestra de alegría por la creencia de que los niños fallecidos, dada su inocencia, iban directamente al cielo sin pasar por el purgatorio.

Repicado de extrema unción: próxima la muerte de algún vecino/a, una pequeña procesión con la cruz y los faroles seguía al sacerdote hasta la casa del enfermo, anunciándolo con un repicado específico para esta ocasión. Era habitual que una esquila –pequeña campanilla de mano– acompañara al sacerdote en su recorrido.

Toque de güebra (huebra): alterna el tañido de la campana grande con la pequeña. Comunicaba el momento de acudir al lugar habitual de concentración para la huebra.

Toque a quema: similar al antiguo toque a arrebató, se caracteriza por el sonido simultáneo, rápido y muy elevado de ambas campanas.

*Trabajo escolar
de Lupicina Izquierdo.
Año 1928.*



La educación y la escuela

"La importancia de los mínimos"

Durante el siglo XX se produjo el mayor impulso a la educación y a la enseñanza institucionalizada en el medio rural español, aunque hubo zonas que se incorporan más tarde y en peores condiciones a este proceso. A principio de la centuria, la zona geográfica en la que se enclava Acera de la Vega era una de las comarcas más desfavorecidas y atrasadas del país. De hecho, algunos avances y cambios de todo tipo –agrícolas, sociales, económicos, educativos, sanitarios...– llegaron décadas después de su aparición en áreas urbanas y territorios rurales más desarrollados. Los motivos eran muy diversos: pobreza socioeconómica, territorio recóndito y de complicado acceso, fuertes anclajes en el tradicionalismo, economía basada en la subsistencia y el autoabastecimiento, inmovilismo social, la convulsa situación política en España con constantes cambios...

La educación institucionalizada representa un ejemplo muy claro de ese retraso en la incorporación a la nueva sociedad que ya a principios de siglo era una realidad en España. Desde mediados del siglo XIX hay intentos de introducir como obligación pública el asunto de la educación, pero el encadenamiento de diferentes situaciones políticas contrapuestas provoca un continuo movimiento de avance-retroceso en este asunto. Distintos gobiernos intentan promulgar una legislación que ordene el sistema educativo y que establezca la obligatoriedad de la enseñanza hasta ciertas etapas, pero los gobiernos siguientes derogan dichas legislaciones antes de ponerse en marcha. Así sucedió hasta la llegada de la dictadura de Franco, que en sus principios se desentiende del área educativa. El sistema franquista se preocupa sobre todo de establecer una escuela muy confesional –católica– y basada en la pedagogía del movimiento nacional, con la separación de niños y niñas como una de sus primeras medidas. No será hasta

los años cincuenta cuando la preocupación por el sistema educativo comience a aparecer entre las prioridades del país.

Hasta el año 1936 hubo una escuela única, con un solo docente y en un único espacio para todos los niños de la localidad. Fue la *escuela vieja*, un antiguo y angosto edificio fabricado en adobe y muy similar al resto de construcciones del lugar. Disponía de dos plantas: la baja, destinada a escuela, y una primera planta en la que se situaba la vivienda del maestro o maestra. En esta época la etapa escolar comenzaba a los seis años, justo el día que se cumplían, y finalizaba a los catorce, también exactamente el día que se alcanzaba di-

cha edad. Solamente una maestra atendía a un nutrido grupo de niños y niñas, que algunos años rondaba los 60 alumnos/as. En cuanto al calendario, la escuela iniciaba la actividad a mediados de septiembre y finalizaba en junio del año siguiente, en torno a la festividad de San Pedro. El horario era de 10 a 13 horas por la mañana y de 15 a 17 por la tarde, téngase en cuenta que hablamos de horario solar. Había escuela de lunes a sábado, este último únicamente en horario de mañana, los jueves por la tarde no abría la escuela. Con la llegada de D. Evelio Matía, en los cursos 59/60 y 60/61, el sábado dejó de ser lectivo y pasó a serlo el jueves por la tarde.



Escuela vieja de Acera de la Vega en el curso 1943-1944. En la imagen aparecen, entre otros, Sinaíta Montes, Angelita González, Carmen Novoa, Ramiro, Ausencio y Félix Montes, Felicio Andrés, Pilar Santos, Valentina Miguel y María Fernández.



A la izquierda, en la escuela, Marucha, Herminia (maestra), Asela Santos, Toni Santos y Herminia González. Años 40. A la derecha, escuela, a comienzos de los años cuarenta. Ausencio, Félix y Sinaíta Montes Díez.

Durante el tiempo empleado en la construcción de las escuelas nuevas las clases se impartieron de forma temporal y provisional en los patios de la casa de Isaías Novoa. Eran clases al aire libre, bajo los árboles que allí existían, siempre que las condiciones meteorológicas lo permitían. Las nuevas escuelas, en el edificio actual, dividían a los alumnos en dos grupos: planta de abajo para los más mayores y planta de arriba para los más pequeños. Después, siguiendo las órdenes del movimiento, esta división pasó a ser por sexos: abajo los chicos y arriba las chicas. La nueva organización implicó la presencia de dos maestros/as en el pueblo, y que la residencia de éstos tuviera que ser a pupilo con alguna familia de la localidad. Varias familias acogieron a los docentes que de forma temporal –muy temporal en ocasiones– pasaron por Acera: Carmen Díez, Luisa Santoyo, Fortunata Izquierdo, Lupi Izquierdo...

La asistencia a la escuela era totalmente voluntaria, dependía de la decisión de cada familia, si bien la práctica totalidad de los infantes

acudía a las clases. Se entiende que las familias daban gran importancia a lograr al menos una educación básica. Claro que no faltaban chicos que se resistían con fuerza a asistir a la escuela, para lo que utilizaban muy diversas estratagemas o trucos: algunos se escondían hasta en los *liñeros* (leñeros), y otros pasaban las horas de la escuela ocultos en algún recóndito escondite y a la hora de salida se mezclaban con los que sí iban a clase, aparentando haber cumplido con la obligación que les imponían en sus casas.

Los alumnos se situaban en el aula de adelante hacia atrás, por edad y nivel de conocimientos y habilidades. Los mayores y más avezados apoyaban la labor del maestro enseñando a los más pequeños, el único método pedagógico que permitía llegar mínimamente a todos y cada uno de los niños. Por este motivo, la implantación de dos docentes supuso un significativo avance en la calidad educativa.

La utilización de **materiales escolares y equipamientos** evolucionó de forma muy positiva a



Libros escolares. Años 40.



Pupitres de la escuela de Acera. Años 60-70. A la derecha, pizarra escolar utilizada en Acera. Años 40.



medida que avanzaba el siglo. Aquí se menciona el material básico empleado en las primeras décadas del siglo XX:

- **Un manual escolar único:** la Enciclopedia Escolar. Las había de diversos niveles. Generalmente todos los alumnos utilizaban la misma, algunos la adquirían y otros utilizaban las existentes en la escuela. Este manual incluía todas las mate-

rias: instrucción religiosa, moral y cívica; historia de España; Geografía; Aritmética; Geometría; Lengua Española y Ciencias Naturales (nociones de física, química, historia natural, fisiología humana, higiene...).

IMÁGENES Y RECUERDOS



Padres de Mamerta Romo y hermanos. Principios del siglo XX.



Restituto Santos y Víctor Palacios. Años 30.



Restituto Santos y Nita Santos. Años 30.



Quintiliano Villalba y Josefa Novoa. Tanis Villalba. Años 30.



Matrimonio sin identificar. Principios del siglo XX.



Maximino Izquierdo. Años 40.



Felicio, Isidora y Socorro Andrés. Años 40.

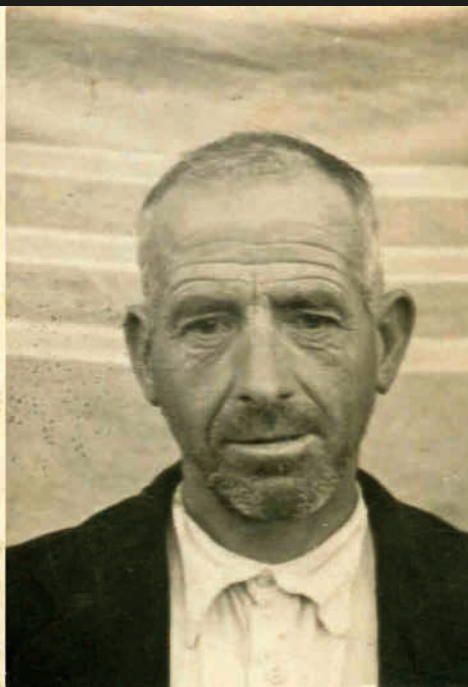


Anastasio Grande y Eustaquio Santos. Finales 40.



Evencio, Asela, Obdulia, Esther y Mari (hijo Pilar y Tino). Mediados 40.

*Maudilia Diez y
Mauricio Montes.
Años 40.*



*Gregorio Diez
y Juan Laso.
Modesta Calleja,
Narcisa y Andrés
Laso. Año 1944.*





*Justino Ramos,
Felicio Andrés,
Ángel Miguel,
Constancio
Miguel,
Abundio
Palacios y
otros. Año
1945.*



*Eduardo Sastre, Alberto Andrés y Da-
tivo Iglesias. Años 40.*



Demetrio y Justino. Años 50.



Eduardo Sastre y Vidal Medina.



Joaquín, Irene Santos, Paca, Lorenzo Santos, Faustino, Emérito Santos, Flores Santos y Paco García. Años 50.



*Juan Andrés y
Agripina, e hija.
Finales 50.*